

EN MOMA | Muestra inédita del creador del *fauvismo*

# La gran lección de pintura de MATISSE: “El estudio rojo” cobra vida

Es la primera vez en su historia, en más de 100 años, que esta obra fundacional del arte moderno, “El estudio rojo” de Matisse, se exhibe junto a las pinturas y objetos originales que lo acompañaban en su taller y que Matisse pintó en este cuadro. El MoMA da a conocer también importantes revelaciones de esa obra maestra.

CECILIA VALDÉS URRUTIA

En el otoño europeo de 1911, a los 41 años —instalado en su luminoso taller que había construido en 1909, en Issy-les-Moulineaux, en las afueras de París—, Henri Matisse pintó su obra “El estudio rojo”, de cerca de dos metros de ancho por dos metros de alto. Le encantaba dibujar su taller y enseñar sobre los colores puros. Había creado el *fauvismo*. Pero en ese momento decidió hacer algo más desafiante y radical: desatar el color e impregnar todo el cuadro de una atmósfera en rojo y recrear las pinturas que lo rodeaban, algunas esculturas y objetos (mesas, silla, cómoda, reloj de pie). Estos últimos los esbozó con finas líneas de aire que parecían hacerlos flotar en esa suerte de mar en color rojo veneciano, un rojo oxidado.

Su atelier no era monumental, “pero quiso plasmar varias de sus obras y particularmente hacer allí algo así como una declaración de principios de su pintura moderna, ajena a realismos y convenciones académicas”, señala la curadora del MoMA, Ann Temkin. La pintura no fue aceptada y tuvo mala crítica. Transitó por lugares ajenos a museos y llegó solo en 1949 al MoMA.

Poco antes de la pandemia, la curadora Temkin planteó al museo embarcarse en un proyecto desafiante relacionado con ello: hacer una exposición partiendo de ese cuadro y reunir las pinturas y objetos que Matisse pintó allí. Debía conseguir al menos 10 piezas clave. Fue una hazaña detectivesca: las pistas la condujeron hacia coleccionistas privados, algunos museos y a otro país en el Viejo Mundo. Lograron reunir —junto a la curadora jefe de la Galería Nacional de Copenhague (SMK), Dorthe Aage— seis pinturas y cuatro esculturas. Algunas estaban en el museo en Dinamarca como “Bañistas”, de 1907, en la que se observa la admiración del artista por Cézanne, y

también encontraron “El lujo II” (1907-8), una sugerente y sensual pintura que para “El estudio rojo” pintó los cuerpos de los personajes en un tono más oscuro de piel. También reunieron “Desnudo con bufanda blanca” de 1909. Sobresale la delicadeza de la naturaleza muerta “Ciclamen púrpura”, del mismo año 1911, la que Matisse luego la interpretó con esa fuerza y colorido fauvista. Están los volúmenes “Figura decorativa” (1908); “Jeannette IV”; Bronce, de 1910-13, y el terracota “Desnudo con espalda arqueada”.

La famosa pintura “El gran desnudo”, de 1911, fue destruida mucho antes. Pero sí consiguieron “El joven marino II”, de 1907-8, una de las obras más importantes de Matisse, que hizo durante el apogeo del *fauvismo*, entre 1907 y 1908. La diferencia entre el original y la pintada en “El estudio rojo” seduce a las miradas inquietas: la pintura original es sobre un marinero joven en una actitud más libre y plácida, mientras en su traducción plástica, en medio de la atmósfera roja se percibe a un marinero más maduro y con el azul de Matisse. Esa pintura es de propiedad del Metropolitan Museum de Nueva York. ¡Vale la pena compararlos!, sea *in situ* o en la web del museo.

## Vida propia, hallazgos

En el MoMA, “El Taller rojo” ha cobrado una nueva vida, una vida extendida y tangible: esas pinturas y objetos parecen haberse salido del cuadro y se encuentran con el espectador. Los principales medios estadounidenses, como The New York Times, subrayan cómo sorprenden y seducen. El museo exhibe, además, fotografías del taller de Matisse, de su entorno y del recorrido posterior que tuvo la obra. Hay documentos nunca antes exhibidos y pinturas sucesivas del artista francés que ayudan a iluminar la historia de este cuadro: el refrescan-



El innovador y genial Matisse en su taller, en las afueras de París, donde pintó esta obra clave y varias más.



Ciclamen púrpura, de la delicadeza del motivo pasó luego a la emoción del color.

te “Goldfish y escultura”, de 1912, y “La ventana azul”, de 1912. Pero el plato fuerte son los recientes hallazgos en esta obra maestra. No sin motivo, es una de las exposiciones revisionistas de la temporada —abierta hasta el 10 de septiembre— más comentadas en la escena. “Es una muestra imperdible”, afirma la curadora estadounidense



Con “El estudio rojo”, Matisse se radicalizó: bañó entero el cuadro de un color rojo y reinterpretó las pinturas y objetos en su estética que marca la práctica pictórica moderna y contemporánea.



“El lujo II”. Este original lo transfiguró con la piel más oscura de sus personajes. Se observa muy bien en “Estudio rojo”.



“El joven marino II”, una de las pinturas más importantes que hizo durante el apogeo del *fauvismo*. La obra la reinterpretó en el cuadro rojo.

Julia Herzberg, quien ha realizado notables exhibiciones internacionales con artistas chilenos.

Pero como varias obras clave de la historia del arte, “El estudio rojo” está rodeada de misterios y claroscuros. “Aún queda por explorar más sobre su origen y su historia”, reconocen. Un video en el museo revela el descubrimiento de los conservadores, quienes encuentran que Matisse inicialmente había pintado ese cuadro con colores realistas y solo cuando el óleo se secó decidió cubrirlo de rojo. “No se sabe cuál fue exactamente su razonamiento, pero al cubrir de rojo los muebles, excepto por esas líneas que les deja, estaba implementando una idea temeraria, desquiciada. Y

no podía volver atrás en esa gran pintura en la que había trabajado tan duro y estaba haciendo algo nuevo”, precisa la curadora estadounidense.

Era un artista controvertido y radical. El movimiento que creó, el *fauvismo*, había sido bautizado por el crítico español Louis Vauxcelles aludiendo a los *fauves*, ¡a las fieras! Y su cuadro “El estudio rojo” fue rechazado por quien se lo encargó, el mecenas ruso Sergei Shchukin (a quien después la URSS le confiscó su patrimonio). La obra transitó y llegó al Club privado Gargoyle de Londres, un lugar frecuentado por artistas, intelectuales, escritores y personajes de la sociedad londinense. En 1949 arribó al MoMA, ya reconocida como una de las obras fundacionales del arte moderno y contemporáneo, y es un destino imprescindible para quienes quieran pintar su taller de arte.

Matisse la hizo justo después de sus obras fauvistas y se inspiró también en el impresionismo y el posimpresionismo. Pero todo lo transfiguró a sus intereses estéticos: al uso de un color audaz y ajeno a la pintura representativa. “La mayoría de los objetos y pinturas recreados en el cuadro fue pintada con blancos, azules y verdes, colores que contrastan y equilibran la pintura roja, finamente aplicada”, precisa la investigación. La composición seduce además por las sensaciones que provoca: la mesa esbozada, ubicada en la esquina izquierda inferior, hace sentir al espectador como si estuviera a su lado... La pasión de Matisse por la poesía y especialmente por la poesía francesa clásica —Baudelaire, Ronsard, Charles d’Orleans— enriquecían su mirada.

Sus cuadros colgados, los lienzos apilados y objetos que dibujó en “El estudio rojo” daban cuenta de la importancia que tenía el taller y sus piezas para su iconografía. “Su esencia es el ambiente desde donde emergen las relaciones visuales, las que son transportadas a la obra en forma de sensaciones plásticas donde un objeto se define con un color que lo abstrae de la realidad física”, destacan estudios.

A Matisse se le considera también un precursor directo de la pintura de “campos de color”, de las grandes abstracciones, entre los que se encuentran protagonistas

contemporáneos como Mark Rothko y Kenneth Noland (cultor del llamado *color field*), y el innovador Frank Stella, quien tuvo una premiada exposición en el Museo Nacional de Bellas Artes, bajo la dirección de Milan Ivelic.

## Sus sentimientos

En el año que pintó “El estudio rojo”, Matisse había terminado recién con su escuela de estudiantes, a quienes impulsaba a analizar la forma y la búsqueda de la armonía para concentrarse en transmitir la esencia.

El artista francés confiesa: “La elección de mis colores no responde a ninguna teoría científica, sino a la observación, a mis sentimientos, a la experiencia de mi sensibilidad”. Y agrega: “El arte, en mi opinión, es un espejo que refleja el alma del artista. En sus cuadros debe exponerse el mismo, y todo aquello que le sirve de objeto de creación debe ser un pretexto para seguir abriendo el alma”.

Ese sentimiento y sensibilidad —en este caso, con el rojo en su obra del estudio— tenía antecedentes en otras pinturas suyas como “El estudio bajo el tejado”, de 1903. Y en una de especial belleza que se relaciona estrechamente con “El estudio rojo” (algunos tienden a confundirla): “Armonía en rojo”, también llamada “La habitación roja”, 1908-09, que está en el Museo del Hermitage en San Petersburgo. Es uno de los mejores ejemplos del *fauvismo*. Todo se cimenta ahí en el color rojo: en las paredes, las frutas, las sillas, el mantel, junto a su fluido dibujo. Es su paleta tonal.

En tanto, en 1911, una gran mayoría de los seguidores del *fauvismo* había abandonado los presupuestos estéticos de esa llamada “sedición colorista”, en favor de otros ismos. Según reafirman investigaciones, “El estudio rojo” pudo ser tal vez la síntesis de las ideas matisianas sobre la práctica pictórica. Era una imagen de su tesis sobre el color y la pintura, que escribió en “Notas de un pintor”. Y que dibuja y precede una parte significativa del arte moderno y actual, tal como lo hicieron Cézanne, Picasso, Van Gogh, Gauguin y, antes, el gran pintor romántico británico J.M.W. Turner, a quien Matisse admiraba profundamente.

## Crítica de arte

WALDEMAR SOMMER

En la exposición venida desde el Zentrum Paul Klee de Berna a nuestro Centro Cultural La Moneda podría considerarse, acaso, que hace falta alguna de las más famosas pinturas del artista suizo. Sin embargo, el conjunto visitante cumple sobradamente su propósito didáctico. Y mediante obras de calidad mantenida. De ese modo nos adelantamos, paso a paso, dentro la fascinante evolución creadora de Paul Klee (1879-1940), un grande del arte contemporáneo. Ahí podemos constatar en qué medida se cumple ese lema suyo: “Ningún día sin una línea”. Así, ya desde los cuatro años de edad da muestra de sus dotes a través de dibujos, cuya incisiva agudeza lineal e inventiva de situaciones asombra. En cambio, once años después nos entrega lindos paisajes en miniatura de aire romántico, donde el blanco y negro del lápiz bastan para definir exquisitos contrastes de claroscuro volumétrico. Veinte años de claroscuro, el artista no podía dejar de lado

Centro Cultural La Moneda:

# La potencia creativa de Paul Klee

los estudios anatómicos con lápiz y sin color: con trazos muy vigorosos, estudios de desnudo y de musculatura interna. Por el contrario, en óleos —un tempestuoso paisaje arbolado, en unas flores—, en la acuarela “Casas de campo en la playa” advertimos su clara adhesión al expresionismo, tendencia que después aflorará nuevamente, sobre todo a lo largo de sus dibujos con lápiz de 1933. Entre estos, si “Demagogia” tiende a emparentarse con la infancia del autor, otra obra, “Emigrando”, constituye la más doliente testimonio de una calamidad hoy muy actual.

Coincidiendo con el comienzo del siglo XX, estudió en Múnchen y viajó a Italia. A continuación, realizó grabados en blanco y negro de aire surrealista con figuras caprichosas. No obstante, puede decirse que, además de recoger ecos del cubismo, la producción madu-

ra de Klee coincide, hacia 1914 en adelante, con sus inicios en la abstracción de Kandinsky y Delaunay. También la Primera Guerra Mundial, en la que participó, tuvo influencia decisiva en esto. Escribió en su diario: “Cuanto más terrible este mundo (como por ejemplo hoy), tanto más abstracto el arte”. De esos años se nos muestra uno de sus trabajos acá más hermosos, el óleo y pluma “Paisaje rocoso (con palmeras y abetos)” (1919). Junto con darnos una idea de la belleza deslumbrante de sus cuadros más célebres, él demuestra que no siempre prescinde por completo del elemento figurativo. Por el contrario, ello sí ocurre de manera radical —“Cuadro de una ciudad”, el minimalismo geométrico de sus dibujos “Modelos”, por ejemplo— durante su participación estrecha con la Bauhaus de Weimar y después de Dessau, entre 1920 y 1931. Especialmente en las creaciones abstractas del visitante resulta posible notar modu-



La muestra recoge la fascinante evolución creadora de Paul Klee.

laciones cromáticas que cabría asociar con la música. Arte sonoro en absoluto ajeno al artista, pues no solo nació en un hogar de músicos y su matrimonio de toda la vida fue con una pianista, sino que él mismo fue violinista de un quinteto de cuerdas.

Notables por su simplicidad

monumental y elocuencia sintética, por el dinamismo vital de la reducción lineal, resultan los dibujos a lápiz, tiza o acuarela de finales de los años 30. Anotemos “Bailes causados por el miedo” y sus signos esenciales de filiación egipcia; “Ángel olvidado” con el encanto de su actitud; “Señori-

ta Ángel”, “Este perfil”. Y en especial, “Soldado”, cuya penetración en la psicología militar es capaz de rememorar la sensibilidad del observador. De esta época última de Klee la historia nos dice que una enfermedad terminal redujo sus medios expresivos. A pesar de ello, advertimos que la productividad enorme y la potencia creativa no han variado un ápice. Tenemos numerosos testimonios concretos en la exhibición del Zentrum Paul Klee. Anotemos dos bellas pinturas de colorido resplandeciente: “Fruta de lujo”, que nos recuerda a Matisse, y el acorde valiente —verdes, amarillo, azul— del no figurativo cuadro “Terreno verde”.

Una faceta inesperada del dibujante, grabador y pintor la hallamos en sus marionetas y escenografía para el teatro, de 1916-1925. Réplicas de esos muñecos manuales dedicados a su hijo nos permiten apreciar ahora su gracia fuertemente expresionista, encabezados por “Autorretrato”. Coincidiendo con ese tiempo, aunque solo a través de la línea, interesantes escenas circenses manifiestan aquel humor ácido, latente en gran parte de sus trabajos.